PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Dios elige a los pequeños

Martes 21 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Dios elige siempre «al más pequeño», lo llama por nombre y entabla con él una relación personal: es por ello que para dialogar con Él es necesario, ante todo, ser «pequeños». Lo recordó el Papa Francisco en la misa del martes 21 de enero.

Precisamente la lectura del primer libro de Samuel (16, 1-13a) que relata la unción de David, sugirió al Pontífice la reflexión para la homilía. «La relación del Señor con su pueblo —dijo— es una relación personal, siempre». Una relación «de persona a persona: Él es el Señor y el pueblo tiene un nombre. Las personas tienen un nombre. No es un diálogo entre el poderoso y la masa», sino un diálogo «personal».

Es por esta razón, explicó, que «el Señor jamás habla a la gente» como dirigiéndose a una «masa». En cambio, «habla siempre personalmente», llamando a cada persona con el propio nombre. Además, el Señor «elige personalmente», añadió el Papa sugiriendo el ejemplo del «relato de la creación. El Señor mismo, que con sus manos, artesanalmente, hizo al hombre, le dio un nombre: te llamas Adán. Y así comienza esa relación entre Dios y la persona».

El Papa Francisco indicó luego otro aspecto fundamental: «Existe una relación entre Dios y nosotros pequeños». Así, «incluso cuando Dios debe elegir a las personas, también a su pueblo, elige siempre a los pequeños». En tal medida que «a su pueblo le dice: te elegí porque eres el más pequeño, el que tiene menos poder entre los pueblos».

He aquí, por lo tanto, la razón de fondo del «diálogo entre Dios y la pequeñez humana». Al respecto, el Pontífice se refirió al testimonio de la «Virgen que dirá: pero el Señor miró mi humildad, miró a quienes son pequeños, eligió a los pequeños».

Precisamente «en la primera lectura de hoy —continuó luego el Papa— se ve esta actitud del Señor. Cuando Samuel se encuentra ante el más grande de los hijos de Jesé, dice: “Seguro que está su ungido ante el Señor”. Porque era un hombre alto, grande». Pero el Señor, añadió, dijo a Samuel: «No te fijes en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón».

Por lo tanto, «el Señor elige según sus criterios». Por ello, afirmó el Pontífice, «en la oración al inicio de la misa, contemplando a santa Inés, hemos rezado: Tú, Señor, que eliges a los débiles y a los mansos para confundir a los poderosos de la tierra...».

Refiriéndose de nuevo a la lectura bíblica, el Santo Padre reafirmó que «el Señor eligió a David, al más pequeño, que no contaba para el padre». En cambio, precisamente David, el más pequeño, «fue elegido» por el Señor y ungido por Samuel.

«Todos nosotros, con el Bautismo, fuimos elegidos por el Señor. Todos somos elegidos», afirmó el Papa, explicando

que el Señor «nos eligió uno por uno. Nos dio un nombre. Y nos mira. Hay un diálogo, porque así ama el Señor».

Pero también David, que luego llegó a ser rey, «se equivocó» y «tal vez cometió muchos errores». La Biblia nos relata «dos fuertes: dos errores pesados». Y «¿qué hizo David? Se humilló, volvió a su pequeñez y dijo: ¡soy pecador! Pidió perdón e hizo penitencia».

Así, «después del segundo pecado, cuando sintió el deseo de mirar cuán fuerte fuese su pueblo, el Señor le hizo ver que ese censo era un acto de soberbia». Y David «dijo: castígame a mí, no al pueblo. El pueblo no tiene la culpa, yo soy el culpable». Obrando así, «David custodió su pequeñez: con el arrepentimiento, con la oración».

Continuando la reflexión sobre «este diálogo entre el Señor y nuestra pequeñez, la pequeñez de cada uno de nosotros», el Papa planteó una pregunta: «¿Dónde está la fidelidad cristiana?». Y respondió: «La fidelidad cristiana, nuestra fidelidad, es sencillamente custodiar nuestra pequeñez para que pueda dialogar con el Señor». He aquí por qué «la humildad, la docilidad, la mansedumbre son tan importantes en la vida del cristiano: son una custodia de la pequeñez». Son las bases para llevar siempre adelante «el diálogo entre nuestra pequeñez y la grandeza del Señor.

El Papa Francisco concluyó la homilía con una oración: «Que el Señor nos conceda, por intercesión de la Virgen —que cantaba gozosa a Dios porque había mirado su humildad—, la gracia de custodiar nuestra pequeñez ante Él».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

El Dios de las sorpresas

Lunes 20 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Discernimiento y docilidad: dos palabras que describen la actitud precisa para vivir la libertad de la Palabra de Dios, rompiendo esquemas y hábitos con la capacidad de adaptarse a las continuas sorpresas y a la novedad. Es ésta la reflexión que propuso el Papa Francisco en la misa del lunes 20 de enero.

Como es costumbre, el Pontífice centró su meditación en las lecturas propuestas por la liturgia —el pasaje tomado del primer libro de Samuel (15, 16-23) y el texto evangélico de Marcos (2, 18-22)— que ayudan a «reflexionar sobre la Palabra de Dios» y sobre «nuestra actitud ante la Palabra de Dios». Y la Palabra de Dios «es viva y eficaz, juzga los deseos e intenciones del corazón», explicó el Papa citando la Carta a los Hebreos (4, 12-13). En efecto, «la Palabra de Dios viene a nosotros e ilumina incluso el estado de nuestro corazón, de nuestra alma»: en una palabra, «discierne».

Y precisamente las dos lecturas —dijo— «nos hablan de esta actitud que debemos tener» ante la «Palabra de Dios: la docilidad». Se trata, afirmó, de «ser dóciles a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es viva. Por ello viene y dice lo que quiere decir: no lo que yo espero que diga o lo que yo confío que diga o lo que yo quiero que diga». La Palabra de Dios «es libre». Y es «también sorpresa, porque nuestro Dios es el Dios de las sorpresas: viene y hace siempre nuevas las

cosas. Es novedad. El Evangelio es novedad. La revelación es novedad».

«Nuestro Dios —continuó el Pontífice— es un Dios que siempre hace nuevas las cosas. Y nos pide esta docilidad a su novedad». Precisamente en el pasaje evangélico «Jesús es claro en esto, es muy claro: vino nuevo en odres nuevos». Así, «Dios debe ser recibido con esta apertura a la novedad». Y esta actitud «se llama docilidad».

De aquí la invitación a plantearse algunas preguntas: «¿Soy dócil a la Palabra de Dios o hago siempre lo que yo creo que es la Palabra de Dios? ¿O hago pasar la Palabra de Dios por un alambique y al final es otra cosa de aquello que Dios quiere hacer?». Pero, advirtió el Papa, «si yo hago esto termino como un remiendo de paño sin remojar en un vestido viejo» del que habla el Evangelio. «Y la rotura llega a ser peor: si hago esto me convierto en algo peor».

«Adecuarse a la Palabra de Dios para poder recibirla» requiere, por lo tanto, «una actitud ascética», explicó el Pontífice presentando un ejemplo concreto: «si el aparato» eléctrico «que tengo no funciona» es necesario «un adaptador». Lo mismo, dijo, debemos hacer nosotros: «adaptarnos siempre, adecuarnos a esta novedad de la Palabra de Dios». En esencia, «estar abiertos a la novedad».

En su reflexión, el Papa volvió al pasaje del primer libro de Samuel. «Saúl, elegido por Dios, ungido por Dios, había olvidado —destacó— que Dios es sorpresa y novedad. Se había cerrado en sus pensamientos, en sus esquemas. Y así razonó humanamente. El Señor le había dicho: entrega a todos al exterminio». Pero «la costumbre», explicó el Pontífice, «cuando uno vencía, era la de tomar el botín» para dividirlo; «y con parte del botín se hacía el sacrificio» a Dios. Por lo tanto, Saúl destinó algunos animales hermosos para el Señor: «razonó con su pensamiento, con su corazón,

cerrado en las costumbres. Y Dios, nuestro Dios, no es un Dios de las costumbres, es un Dios de las sorpresas».

Así Saúl «no obedeció a la Palabra de Dios, no fue dócil a la Palabra de Dios». Samuel, se lee en la Escritura, le «reprende por esto» diciendo: «¿Le complacen al Señor los sacrificios y holocaustos tanto como obedecer su voz?». Así, Samuel «le hace saber que no obedeció: no se comportó como siervo, se comportó como señor. Él se adueñó de la Palabra de Dios. Dice una vez más Samuel: “La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad, más que la grasa de carneros”».

Y luego, continuó el Papa, «la Palabra de Dios va más adelante, a través de Samuel. La rebelión —no obedecer a la Palabra de Dios— “es pecado de adivinación”, pecado de magia. Y la obstinación, la no docilidad —hacer lo que tú quieres y no lo que Dios quiere— es pecado de idolatría.

Las palabras de Samuel «nos hacen pensar en qué consiste la libertad cristiana, en qué consiste la obediencia cristiana», dijo el Papa. «La libertad cristiana y la obediencia cristiana es docilidad a la Palabra de Dios; es tener ese valor de llegar a ser odres nuevos para este vino nuevo que llega continuamente. Este valor de discernir siempre, discernir siempre —y no relativizar— lo que hace el espíritu en mi corazón, qué quiere el espíritu en mi corazón... Y obedecer». Y concluyó con las dos palabras clave de su meditación, «discernir y obedecer», y con una oración: «Pidamos hoy la gracia de la docilidad a la Palabra de Dios, a esta Palabra que es viva y eficaz, que discierne los sentimientos y pensamientos del corazón».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Así lo hacen todos

Viernes 17 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Así lo hacen todos

La «mundanidad espiritual» es una tentación peligrosa porque «ablanda el corazón» con el egoísmo e insinúa en los cristianos un «complejo de inferioridad» que los lleva a uniformarse con el mundo, a actuar «como hacen todos», siguiendo «la moda más divertida». Es una invitación a vivir la «docilidad espiritual», sin «vender» la propia identidad cristiana, la que hizo el Papa Francisco durante la misa del viernes 17 de enero.

Como en días pasados, el Pontífice basó su reflexión en la lectura tomada del primer libro de Samuel. «Hemos visto –explicó– cómo el pueblo se había alejado de Dios, había perdido el conocimiento de la Palabra de Dios: no la escuchaba, no la meditaba». Y «cuando no está la Palabra de Dios –dijo–, su lugar lo toma otra palabra: la palabra propia, la palabra del propio egoísmo, la palabra de los propios deseos. Y también la palabra del mundo».

Meditando en la narración del libro de Samuel, «hemos visto —prosiguió— cómo el pueblo, alejado de la Palabra de Dios, había sufrido esas derrotas» que habían provocado muchísimos muertos y dejado «viudas y huérfanos». Eran «las derrotas» de un pueblo que «se había alejado» del camino indicado por el Señor.

Por lo tanto, alejarse de Dios, observó el Pontífice, significa adentrarse en un camino que, inevitablemente, «lleva a lo que hemos escuchado hoy (*1 Samuel* 8, 4-7.10-22 a): el pueblo rechaza a Dios. No sólo no escucha la Palabra de Dios sino que también lo rechaza» y termina diciendo: «podemos gobernarnos a nosotros mismos, somos libres y queremos ir por este camino».

Samuel, prosiguió el Papa, «sufre por ello y se dirige al Señor. Y el Señor, con el buen sentido que tiene», le sugiere a Samuel: «escucha la voz del pueblo, en todo cuanto te digan. No es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que ya no reine sobre ellos».

En síntesis, explicó el Papa, «el Señor deja que el pueblo siga alejándose de Él», permitiéndole que «experimente» qué significa este alejamiento. «Y Samuel —comentó el Pontífice— trata de convencerles y les dice todas esas cosas que hemos oído, qué hará el rey con ellos, con sus hijos, con sus hijas». Sin embargo, a pesar de ello, «el pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel» y pidió tener «un rey como juez».

Y aquí, explicó el Papa, está «la frase» decisiva, «la clave de interpretación» para comprender la cuestión. En efecto, el pueblo responde a Samuel: «así seremos con todos los otros pueblos». Este es su primer pensamiento, «la primera propuesta: un rey que sea “nuestro juez”, como tienen todas las naciones».

Una petición —afirmó el Papa— motivada por un hecho: se habían «olvidado de que eran un pueblo elegido, pueblo del Señor, pueblo elegido con amor y llevado adelante por la mano de Dios».

Ese deseo —prosiguió el Papa— «volverá como tentación en la historia del pueblo elegido». Y ésta, puntualizó, «es la

puerta que se abre a la mundanidad: como hacen todos». La consecuencia práctica es que «rechazaron al Señor del amor, rechazaron la elección». Y buscaron el camino de la mundanidad». Hay valores —advirtió— que el cristiano no puede asumir». En efecto, «debe guardar la Palabra de Dios que le dice: tú eres mi hijo, eres un elegido; yo estoy contigo, camino contigo». Y «la normalidad de la vida exige del cristiano fidelidad a su elección».

El Papa Francisco puso en guardia contra la tentación de olvidar «la Palabra de Dios, lo que nos dice el Señor», para seguir en cambio «la palabra de moda». Esta actitud de «mundanidad», precisó, «es más peligrosa porque es más sutil»; mientras que «la apostasía», es decir, el pecado de ruptura con el Señor», se ve y se reconoce claramente.

Más aún, decir que «también nosotros seremos como todas las naciones» muestra que ellos «tenían un cierto complejo de inferioridad por no ser un pueblo normal. Y la tentación está ahí, es decir, sabemos qué debemos hacer, que el Señor esté tranquilo en su casa». En el fondo, ese era su pensamiento, que no se separa «del relato del primer pecado», o sea, de la tentación de seguir el propio camino y saber por sí solos cómo «conocer el bien y el mal».

«La tentación —afirmó el Pontífice— endurece el corazón. Y cuando el corazón es duro, cuando el corazón no está abierto, la Palabra de Dios no puede entrar». No es una casualidad que Jesús haya dicho «a los de Emaús: ¡insensatos y tardos de corazón!», porque «siendo duros de corazón, no podían comprender la Palabra de Dios».

Precisamente «la mundanidad ablanda el corazón». Pero le hace «mal». Porque «jamás es algo bueno —destacó el Papa— un corazón blando. Bueno es el corazón abierto a la Palabra de Dios, que la recibe. Como la Virgen, que meditaba todas esas cosas en su corazón, dice el Evangelio». Por lo

tanto, he aquí la prioridad: «recibir la Palabra de Dios para no alejarse de la elección».

«En la oración al comienzo de la misa —recordó el Pontífice— hemos pedido la gracia de superar nuestros egoísmos», en particular el de querer hacer la propia voluntad. En conclusión, el Papa Francisco sugirió renovar al Señor la petición de esta gracia. E invocar también «la gracia de la docilidad espiritual, es decir, abrir el corazón a la Palabra de Dios», para «no hacer como nuestros hermanos, que cerraron el corazón porque se habían alejado de Dios y desde hacía tiempo no escuchaban y no comprendían la palabra de Dios». Que «el Señor nos conceda la gracia —hizo votos— de un corazón abierto para recibir la Palabra de Dios», para «meditarla siempre» y para «seguir el verdadero camino».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Para un examen de conciencia

Jueves 16 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

«¿Nos avergonzamos de los escándalos en la Iglesia?». Es un profundo examen de conciencia el que propuso el Papa Francisco el jueves 16 de enero, por la mañana, durante la misa celebrada en la capilla de la Casa de Santa Marta. Un

examen de conciencia que se dirige a la raíz de las razones de los «muchos escándalos» que dijo no querer «mencionar en particular» porque «todos sabemos dónde están».

Y precisamente a causa de los escándalos no se da al pueblo de Dios «el pan de la vida» sino «un alimento envenenado». Los escándalos —explicó una vez más el Papa— tuvieron lugar porque «la Palabra de Dios era algo raro en esos hombres, en esas mujeres» que los realizaron, aprovechando su «posición de poder y comodidad en la Iglesia» sin tener, sin embargo, ninguna relación con «la Palabra de Dios». Además, algunos de estos escándalos —indicó una vez más el Papa— hicieron justamente también «pagar mucho dinero».

La reflexión del Pontífice se inspiró en la oración del salmo responsorial —el número 43— proclamado en la liturgia. Una oración que se refiere a lo relatado en la primera lectura: la derrota de Israel. Se habla de ello en el primer libro de Samuel (4- 1, 11).

Derrotas que suscitan algunas preguntas: «¿Por qué el Señor dejó así a Israel, en manos de los filisteos? ¿Abandonó el Señor a su pueblo? ¿Ocultó su rostro?». El Papa precisó que la pregunta de fondo es: «¿Por qué el Señor abandonó a su pueblo en esa lucha contra los enemigos? Pero los enemigos no sólo del pueblo, sino del Señor».

«La clave para buscar una respuesta» a esta pregunta decisiva el Pontífice la indicó en algunos versículos de la liturgia del día anterior: «En aquellos días era rara la Palabra del Señor» (*1 Samuel 3, 1*). «En medio de su pueblo —explicó nuevamente refiriéndose a la Escritura— no estaba la Palabra del Señor, a tal punto que el joven Samuel no comprendía» quién le llamaba. El pueblo «vivía sin la Palabra del Señor. Se había alejado de Él». El anciano sacerdote Elí era «débil» y «sus hijos, mencionados dos veces aquí», eran

«corruptos: asustaban al pueblo y lo apaleaban». Así «sin la Palabra de Dios, sin la fuerza de Dios» dejaban espacio al «clericalismo» y a la «corrupción clerical».

En este contexto, sin embargo, prosiguió el Papa, el pueblo se «da cuenta» de que estaba «lejos de Dios y dice: "vayamos a buscar el arca"». Pero llevan «el arca al campamento» como si fuese la expresión de una magia: de este modo no se disponían a la búsqueda del Señor sino de «una cosa que es mágica». Y con el arca «se sienten seguros».

Por su parte, «los filisteos comprendieron el peligro», sobre todo, tras oír «el eco de ese alarido» que suscitó la llegada del arca al campamento de Israel y se preguntaron qué significaba. Por lo tanto, pensaban que habían ido a buscar a Dios y que Él estaba realmente presente en su campamento. En cambio, el pueblo de Israel no se había dado cuenta de que con el arca no había «entrado la vida».

Y la Escritura relata luego detalladamente las dos derrotas contra los filisteos. Además, «el arca de Dios fue tomada por los filisteos y los dos hijos de Elí, JofnÍ y Pinjás, murieron».

«Este pasaje de la Escritura —destacó el Papa— nos hace pensar» en «cómo es nuestra relación con Dios, con la Palabra de Dios. ¿Es una relación formal, o una relación lejana? La Palabra de Dios entra en nuestro corazón, cambia nuestro corazón, ¿tiene este poder, o no?». ¿O bien «es una relación formal, todo bien, pero el corazón está cerrado a esa Palabra?».

Una serie de preguntas —precisó el Pontífice— que «nos lleva a pensar en tantas derrotas de la Iglesia. En tantas derrotas del pueblo de Dios». Derrotas debidas «sencillamente» al hecho de que el pueblo «no percibe al Señor, no busca al Señor, no se deja buscar por el Señor».

Luego, al verificarse la tragedia se dirige al Señor para preguntar: «pero Señor, ¿qué pasó?». Se lee en el salmo 43: «Nos haces el escarnio de nuestros vecinos, irrisión y burla de los que nos rodean; nos has hecho el refrán de los gentiles, nos hacen muecas las naciones» (vv. 14-15). Y es lo que nos lleva, destacó el Papa Francisco, a «pensar en los escándalos de la Iglesia: ¿pero nos avergonzamos?». Y añadió: «Muchos escándalos que yo no quiero mencionar en particular, pero todos los conocemos. Sabemos dónde están». Y fue en este punto que habló sin medios términos de «vergüenza de la Iglesia» por esos escándalos que suenan como muchas «derrotas de sacerdotes, obispos y laicos».

La cuestión, continuó el Pontífice, es que «la Palabra de Dios en esos escándalos era poco común. En esos hombres, en esas mujeres, la Palabra de Dios era rara. No tenían relación con Dios. Tenían una posición en la Iglesia, una posición de poder, incluso de comodidad». Pero «no la Palabra de Dios», eso no. Y «de nada sirve decir “pero yo llevo una medalla, yo llevo la cruz: como aquellos que llevaban el arca, sin una relación viva con Dios y con la Palabra de Dios». Recordando las palabras de Jesús respecto a los escándalos repitió que de ellos «derivó toda una decadencia del pueblo de Dios, hasta la debilidad, la corrupción de los sacerdotes».

El Papa Francisco concluyó la homilía con dos pensamientos: la Palabra de Dios y el pueblo de Dios. En cuanto al primero propuso un examen de conciencia: «¿Está viva la Palabra de Dios en nuestro corazón? ¿Cambia nuestra vida o es como el arca que va y viene» o «el evangelario muy bonito» pero «no entra en el corazón?». En cuanto al pueblo de Dios se centró en el mal que le ocasionan los escándalos: «Pobre gente —dijo—, pobre gente. No damos de comer el pan de la vida. No damos de comer la verdad. Muchas veces damos de comer un alimento envenenado».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Cuatro modelos

Martes 14 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

La gente sigue a quien enseña como Jesús, a quien lleva consigo la novedad de la Palabra de Dios, su amor. Y no a quien —sea laico, cristiano, sacerdote u obispo— es un corrupto y tiene el corazón corrompido. El Papa Francisco volvió a hablar del testimonio de fe que deben dar quienes, sobre todo en razón de su misión, están llamados a transmitirla al pueblo de Dios. Durante la homilía de la misa del martes 14 de enero repitió que no existe otra vía más que la que enseñó Cristo.

A esta enseñanza hacen referencia las dos lecturas propuestas por la liturgia, tomadas del primer libro de Samuel (1, 9-20) y del Evangelio de Marcos (1, 21b-28). En ellos, indicó el Pontífice, se describen «cuatro modelos de creyentes predicadores: Jesús, los escribas, el sacerdote Elí, y detrás de él —no está explícito, pero están— los dos hijos de Elí, sacerdotes».

Los escribas enseñaban y predicaban poniendo sobre los hombros de la gente cargas pesadas. «Y la pobre gente —dijo el Papa— no podía seguir adelante». El reproche que les hace Jesús es que no mueven ni un dedo para ayudar a estas

personas. Y dirá luego a la gente: «Haced lo que dicen, pero no lo que hacen». Gente incoherente, explicó el Pontífice hablando de los escribas y fariseos, que se comportaban «como si apaleasen a las personas». Y Jesús les advertía «diciéndoles: si os comportáis así, vosotros cerráis las puertas de los cielos; no dejáis entrar a ninguno y tampoco vosotros entráis».

Es así que aún hoy, subrayó el Papa, se usa este modo equivocado de predicar, de enseñar, de dar testimonio de la propia fe. «Y son muchos —lamentó— los que piensan que la fe es así».

Luego, el Obispo de Roma se centró en el modo de obrar de Elí, «un anciano... pobrecito» que —confesó— «a mí me da cierta ternura», pero que, sin embargo, «no era de verdad un buen hombre: era un pobre sacerdote, débil, tibio y dejaba hacer, no tenía fuerza. Dejaba hacer muchas cosas malas a sus hijos». El Santo Padre contó el episodio de Elí cuando confundió con una borracha a una pobre mujer que rezaba en silencio, moviendo apenas los labios para pedir al Señor la gracia de un hijo. Ella «rezaba como reza la gente humilde, sencillamente, desde el corazón, con angustia, y movía los labios. Muchas mujeres buenas rezan así en nuestras iglesias y en nuestros santuarios. Y ésta rezaba así, pedía un milagro. Y el anciano Elí, pobrecito, no tenía nada que hacer. La miraba y pensaba: ésta es una borracha. Y la despreció. Él era el representante de la fe», quien hubiese tenido que enseñar la fe, pero «su corazón no percibía bien y despreció a esta señora. Le dijo: vete, vete borracha».

«Cuántas veces el pueblo de Dios —constató el Santo Padre— no se siente querido por quienes deben dar testimonio, por los cristianos, los laicos cristianos, los sacerdotes, los obispos». Volviendo entonces a Elí, el Papa Francisco explicó por qué siente por él cierta simpatía: «Porque en el corazón tenía aún la unción. Cuando la mujer

le explicó su situación, Elí le dijo: vete en paz y que el Dios de Israel te conceda el favor que le has pedido. Aflora la unción sacerdotal. Pobre hombre, la tenía escondida dentro de su pereza. Era un tibio. Y luego termina mal, pobrecito».

En el pasaje de la Escritura, observó el Pontífice, sus hijos no se ven, pero eran quienes gestionaban el templo. «Eran bandidos. Eran sacerdotes —dijo— pero bandidos. Iban detrás del poder y del dinero; explotaban a la gente, se aprovechaban de las limosnas y de las ofrendas. Dice la Biblia que tomaban los mejores trozos de los sacrificios para comer ellos. Explotaban. El Señor sanciona con fuerza a éstos dos».

Para el Papa ellos representan «la figura del cristiano corrupto, del laico corrupto, del sacerdote corrupto, del obispo corrupto. Aprovechan la situación, el privilegio de la fe, el ser cristianos. Y su corazón termina corrompido. Pensemos en Judas: comenzó, quizá, la primera vez por celos, por envidia, a meter la mano en la bolsa», y así «su corazón comenzó a corromperse. Juan —el apóstol bueno a quien ama todo el mundo, que predica el amor— dice de Judas: era un ladrón. Punto. Está claro: era corrupto. Y de un corazón corrupto surge también la traición. Traiciona a Jesús».

Y, por último, el modo de predicar de Jesús. ¿Qué tiene de especial? ¿Por qué la gente dice: «enseña como uno que tiene autoridad; esta es una enseñanza nueva»? Jesús —afirmó el Pontífice— enseñaba la ley, enseñaba a Moisés y a los profetas. ¿Dónde está lo nuevo? Tiene poder, el poder de la santidad, porque los espíritus impuros huyen. La novedad de Jesús es que lleva consigo la Palabra de Dios, el mensaje de Dios, es decir, el amor de Dios por cada uno de nosotros. Acerca a la gente a Dios. Y para hacerlo se acerca Él. Es cercano a los pecadores, va a comer con Mateo, un ladrón, traidor de la patria; perdona a la adúltera que la ley decía que debía ser castigada; habla de teología con la Samaritana

que no era un “angelito”, tenía su historia». Por lo tanto, Jesús «busca el corazón de las personas, Jesús se acerca al corazón herido de las personas. A Jesús sólo le interesa la persona y Dios. Y busca acercar a Dios a las personas y a las personas a Dios».

Y aún más: «Jesús es como el buen samaritano que cura las heridas de la vida. Jesús es el intercesor que va a rezar por la gente solo a la montaña, y da la vida por la gente. Jesús quiere que la gente se acerque y la busca; y se conmueve cuando la ve como ovejas sin pastor. Toda esta actitud es la que la gente define como una actitud nueva. No, no es nueva la enseñanza, es el modo de hacerlo nuevo. La transparencia evangélica».

«Pidamos al Señor —concluyó el Papa Francisco— que estas dos lecturas nos ayuden en nuestra vida de cristianos», para que cada uno, en el papel que está llamado a desempeñar en la misión de la Iglesia, no sea simplemente legalista, puro pero hipócrita como los escribas y los fariseos. La invitación del Pontífice es a «no ser corruptos como los hijos de Elí; a no ser tibios como Elí; sino a ser como Jesús, con ese celo de buscar a la gente, curar a la gente, amar a la gente».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Un amor artesanal

Lunes 13 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

Dios prepara el camino para cada hombre. Lo hace con amor: un «amor artesanal», porque lo prepara personalmente para cada uno. Está dispuesto a intervenir cada vez que se deba corregir el camino, propiamente como hacen una mamá y un papá. Es la reflexión que propuso el Papa Francisco el lunes 13 enero.

El Pontífice se inspiró en el episodio del Evangelio de Marcos (1, 14-20) donde se narra que Jesús, después del arresto de Juan, fue a Galilea, dando la impresión de querer iniciar otra etapa del camino. «Y proclama el Evangelio —destacó el Papa— con las mismas palabras de Juan: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, convertíos. Lo mismo que decía Juan, lo dice Jesús. Juan había preparado el camino a Jesús. Y Jesús lo sigue».

«Preparar el camino, preparar también nuestra vida, es propio de Dios, del amor de Dios por cada uno de nosotros», explicó el Obispo de Roma. «Él —continuó— no nos hace cristianos por generación espontánea. Él prepara nuestro camino, prepara nuestra vida, desde hace tiempo». Y refiriéndose de nuevo a la página evangélica, añadió: «Parece que Simón, Andrés, Santiago y Juan fueron aquí elegidos definitivamente»; pero esto no significa que desde este momento hayan sido también «definitivamente fieles». En realidad, precisamente ellos cometen errores: hacen propuestas «no cristianas al Señor», de hecho, lo niegan. Y Pedro más que los demás. Se asustaron, explicó el Pontífice, y «se marcharon, abandonaron al Señor».

Se trata de una obra de preparación, dijo también el Santo Padre, que Jesús lleva adelante en muchas generaciones.

Para confirmar esto, el Pontífice se refirió a Ana, la segunda mujer de Elcaná, citada en la primera lectura de la liturgia (cf. *1 Samuel* 1, 1-8). La mujer, «estéril, lloraba» cuando la otra mujer, Feniná, que tenía hijos, se burlaba. Pero en el llanto de Ana estaba la preparación al nacimiento del gran Samuel. «Así, el Señor —puntualizó el Papa— nos prepara desde hace muchas generaciones. Y cuando las cosas no funcionan bien, Él se mezcla en la historia» y las acomoda. En la misma genealogía de Jesús, recordó, hay «pecadores y pecadoras. ¿Cómo obró el Señor? Se mezcló; corrigió el camino; puso orden en las cosas. Pensemos en el gran David, gran pecador y luego gran santo. El Señor sabe. Cuando el Señor nos dice: con amor eterno te he amado, se refiere a esto. Desde hace muchas generaciones el Señor ha pensado "en nosotros"». Y así nos acompaña experimentando nuestros mismos sentimientos cuando nos acercamos al matrimonio, cuando se espera un hijo: en cada momento de nuestra historia «nos espera y nos acompaña».

«Esto —reafirmó el Pontífice— es el amor eterno del Señor. Eterno pero concreto. Un amor incluso artesanal, porque Él va construyendo la historia y va preparando el camino para cada uno de nosotros. Esto es el amor de Dios».

Así, el Papa se dirigió a un grupo de sacerdotes que concelebraron con ocasión de su sexagésimo aniversario de ordenación y dijo: «Pensad en vuestros sesenta años de misa. ¡Cuántas cosas han pasado! ¡Cuántas cosas! El Señor estaba allí preparando el camino también para otros que no conocemos, pero que Él conoce». Él es «el Señor de la preparación, que nos ama desde siempre y nunca nos abandona». Tal vez —admitió— «es un acto de fe no fácil de creerlo, es verdad. Porque nuestro racionalismo nos hace decir: ¿por qué el Señor, con las numerosas personas con las que cuenta, va a pensar en mí?». Sin embargo, Él «me ha preparado el camino, con nuestras mamás, nuestras abuelas,

nuestros padres, nuestros abuelos y bisabuelos, con todos: el Señor hace así. Y ésto es su amor: concreto, eterno y también artesanal».

«Recemos —fue la exhortación conclusiva— pidiendo esta gracia de comprender el amor de Dios. Pero no se comprende nunca, ¡eh! Se percibe, se llora, pero comprenderlo no se comprende. También esto nos dice cuán grande es este amor»

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Cómo debe ser el sacerdote

Sábado 11 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

Es «la relación con Jesucristo» lo que salva al sacerdote de la tentación de la mundanidad, del riesgo de convertirse en «untuoso» en lugar de «ungido», por la idolatría «al dios Narciso». El sacerdote, en efecto, puede también «perder todo» pero no su vínculo con el Señor, de otro modo no tendría nada más que dar a la gente. Con palabras fuertes, y proponiendo un auténtico examen de conciencia, el Papa Francisco se dirigió directamente a los sacerdotes volviendo a lanzar el valor de su unción. Lo hizo en la homilía de la misa celebrada el sábado 11 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

El Pontífice prosiguió la meditación sobre la primera carta de Juan que ya había iniciado los días pasados. El pasaje propuesto por la liturgia (5, 5-13) —explicó— «nos dice que tenemos la vida eterna porque creemos en el nombre de Jesús». He aquí las palabras del apóstol: «Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna».

Es «el desarrollo del versículo» proclamado en la liturgia del viernes y en el cual el Papa ya había centrado su meditación: «Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». En efecto, volvió a afirmar el Pontífice, «nuestra fe es la victoria contra el espíritu del mundo. Nuestra fe es esta victoria que nos hace seguir adelante en el nombre del Hijo de Dios, en el nombre de Jesús».

Una reflexión que llevó al Santo Padre a plantearse una pregunta decisiva: ¿cómo es nuestra relación con Jesús? Una cuestión verdaderamente fundamental, «porque en nuestra relación con Jesús se hace fuerte nuestra victoria». Una pregunta «fuerte», reconoció, sobre todo para «nosotros que somos sacerdotes: ¿cómo es mi relación con Jesucristo?».

«La fuerza de un sacerdote —recordó el Pontífice— está en esta relación». En efecto, cuando su «popularidad crecía, Jesús iba al Padre». Lucas, en el pasaje evangélico de la liturgia (5, 12-16), relata: «Él, por su parte, solía retirarse a despoblado y se entregaba a la oración». Así «cuando se hablaba cada vez más» de Jesús «y las multitudes, numerosas, venían a escucharle y a buscar la curación, Él después iba al encuentro del Padre». Una actitud, puntualizó el Papa, que constituye «el criterio para nosotros, sacerdotes: ¿vamos o no vamos a encontrar a Jesús».

De aquí brota una serie de preguntas que el Pontífice sugirió para un examen de conciencia: «¿Qué sitio ocupa Jesús en mi vida sacerdotal? ¿Es una relación viva, de discípulo a

maestro, de hermano a hermano, de pobre hombre a Dios? ¿O es una relación un poco artificial que no nace del corazón?».

«Nosotros estamos ungidos por el espíritu —fue la reflexión propuesta por el Papa—, y cuando un sacerdote se aleja de Jesucristo en lugar de ser ungido, termina siendo untuoso». Y, destacó, «¡cuánto mal hacen a la Iglesia los sacerdotes untuosos! Quienes ponen la fuerza en las cosas artificiales, en las vanidades», los que tienen «una actitud, un lenguaje remilgado». Y cuántas veces, añadió, «se oye: pero éste es un sacerdote» que se parece a una «mariposa», precisamente «porque siempre está en la vanidad» y «no tiene la relación con Jesucristo: ha perdido la unción, es un untuoso».

Incluso con todos los límites, «somos buenos sacerdotes —continuó el Papa— si vamos a Jesucristo, si buscamos al Señor en la oración: la oración de intercesión, la oración de adoración». Si, en cambio, «nos alejamos de Jesucristo, debemos compensar esto con otras actitudes mundanas». Y así surgen «todas estas figuras» como «el sacerdote especulador, el sacerdote empresario». Pero el sacerdote, afirmó con fuerza, «adora a Jesucristo, el sacerdote habla con Jesucristo, el sacerdote busca a Jesucristo y se deja buscar por Jesucristo. Éste es el centro de nuestra vida. Si no existe esto perdemos todo. ¿Y qué daremos a la gente?».

Así, el Obispo de Roma repitió la oración proclamada en la oración colecta. «Hemos pedido —dijo— que el misterio que celebramos, el Verbo que se hizo carne en Jesucristo entre nosotros, crezca cada día más. Hemos pedido esta gracia: que nuestra relación con Jesucristo, relación de ungidos para su pueblo, crezca en nosotros».

«Es hermoso encontrar sacerdotes —destacó el Papa— que han dado la vida como sacerdotes». Sacerdotes de quienes

la gente dice: «Sí, tiene un mal genio, tiene esto y aquello, pero es un sacerdote. Y la gente tiene olfato». Por el contrario, si se trata de «sacerdotes, en una palabra, "idólatras", que en lugar de tener a Jesús tienen pequeños ídolos —algunos son devotos del dios Narciso—, la gente cuando ve esto dice: ¡pobrecitos!». Por lo tanto, es precisamente «la relación con Jesucristo», aseguró el Pontífice, lo que nos salva «de la mundanidad y de la idolatría que nos hace untuosos» y la que nos conserva «en la unción».

Dirigiéndose, por último, a los presentes —entre ellos un grupo de sacerdotes de Génova con el cardenal arzobispo Angelo Bagnasco— el Papa Francisco concluyó así la homilía: «Y hoy a vosotros, que habéis tenido la amabilidad de venir a concelebrar aquí conmigo, os deseo esto: perded todo en la vida, pero no perdáis esta relación con Jesucristo. Ésta es vuestra victoria. ¡Adelante con esto!».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

El credo de los loros

Viernes 10 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

El cristiano no repite el Credo de memoria como un loro y no vive como un eterno «derrotado», sino que confiesa toda su fe y tiene la capacidad de adorar a Dios, llevando así hacia lo alto el termómetro de la vida de la Iglesia. Para el Papa Francisco «confesar y confiarse» son las dos palabras clave que alimentan y refuerzan la actitud de quien cree, porque «nuestra fe es la victoria que venció al mundo» como escribe el apóstol Juan en su primera carta. El Pontífice lo reafirmó en la misa celebrada el viernes 10 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

El Papa Francisco retomó de este modo el hilo conductor de la meditación del día anterior, presentando su reflexión centrada en la primera carta de Juan. Quien, explicó, «insiste, subraya mucho esa palabra que para él es como la expresión de la vida cristiana: permanecer, permanecer en el Señor». Y «en estos días —continuó— hemos visto cómo» Juan «piensa este permanecer: nosotros en el Señor y el Señor en nosotros. Esto significa permanecer en el amor, porque los dos mandamientos principales son los del amor a Dios y al prójimo».

Para Juan, por lo tanto, el centro de la vida cristiana es el «permanecer en el Señor, permanecer el Señor en nosotros, permanecer en el amor. Y por esto, dice, nos dio el Espíritu. Es precisamente el Espíritu Santo quien hace esta obra del permanecer». En el pasaje de la primera lectura (4, 19 – 5, 4) proclamado en la liturgia, el apóstol —indicó el Papa— da la respuesta a una pregunta que nos surge naturalmente: por nuestra parte, ¿qué debemos hacer para vivir el estilo del «permanecer»? Escribe Juan: quien permanece en Dios, quienquiera que sea engendrado por Dios, quien permanece en el amor vence el mundo. «Y la victoria es nuestra fe», explicó el Pontífice repitiendo las palabras del apóstol. Para vivir «este permanecer», afirmó, «por parte nuestra» está

precisamente la fe, mientras que «por parte de Dios está el Espíritu Santo, que hace esta obra de gracia».

«¡Es fuerte!», exclamó el Papa, porque «la victoria que venció el mundo es nuestra fe. Nuestra fe lo puede todo: ¡es victoria!». Se trata de una verdad que «sería hermoso» repetirnos con frecuencia, «porque muchas veces somos cristianos derrotados. La Iglesia —afirmó el Pontífice— está llena de cristianos derrotados, que no creen que la fe es victoria, que no viven esta fe. Y si no se vive esta fe está la derrota, y vence el mundo, el príncipe del mundo».

La pregunta fundamental, entonces, que hemos de plantearnos a nosotros mismos es: «¿Qué es esta fe?». El Papa Francisco recordó al respecto cómo Jesús hablaba de la fe y mostraba la fuerza de la misma, como se deduce de los episodios evangélicos de la mujer hemorroísa, de la cananea, del hombre que se acerca para pedir una curación con fe —«¡es grande tu fe!»— y del ciego de nacimiento. El Señor, recordó, «decía también que el hombre que tiene fe como un grano de mostaza puede mover montañas».

Precisamente «esta fe nos pide dos actitudes: confesar y confiarnos» dijo el Papa. Ante todo «la fe es confesar a Dios; pero al Dios que se ha revelado a nosotros desde el tiempo de nuestros padres hasta ahora: el Dios de la historia». Es lo que afirmamos todos los días en el Credo. Pero —puntualizó el Pontífice— «una cosa es recitar el Credo desde el corazón y otra como loros: creo en Dios, creo en Jesucristo, creo...». El Papa continuó proponiendo un examen de conciencia: «¿Creo en lo que digo? ¿Esta confesión de fe es auténtica o lo digo de memoria porque se debe decir? ¿O creo a medias?».

Por lo tanto, se debe «confesar la fe». Y confesarla «toda, no una parte. ¡Toda!». Pero, añadió, se debe también «custodiarla por entero como llegó a nosotros por el camino

de la tradición. ¡Toda la fe!». El Pontífice indicó luego «el signo» para reconocer si confesamos «bien la fe». En efecto «quien confiesa bien la fe, toda la fe, tiene la capacidad de adorar a Dios». Es un «signo» que puede parecer «un poco extraño —comentó el Papa— porque sabemos cómo pedir a Dios, cómo dar gracias a Dios. Pero adorar a Dios, alabar a Dios es algo más. Sólo quien tiene esta fe fuerte es capaz de la adoración».

Precisamente sobre la adoración, destacó el Papa, «me atrevo a decir que el termómetro de la vida de la Iglesia está un poco bajo: nosotros, cristianos, no tenemos mucha capacidad de adorar —algunos sí—, porque en la confesión de la fe no estamos convencidos. O estamos convencidos a medias». Deberíamos, en cambio, recuperar la capacidad «de alabar y adorar» a Dios; incluso porque, añadió el Pontífice, la oración para «pedir y agradecer la hacemos todos».

En cuanto a la segunda actitud, el Papa Francisco recordó cómo «el hombre o la mujer que tiene fe se confía a Dios. Se confía. Pablo, en el momento sombrío de su vida, decía: yo sé bien de quién me he fiado. De Dios. Del Señor Jesús». Y «fiarse —afirmó— nos conduce a la esperanza. Así como la confesión de la fe nos conduce a la adoración y a la alabanza de Dios, el confiarse a Dios nos lleva a una actitud de esperanza».

Sin embargo —alertó el Pontífice— «hay muchos cristianos con una esperanza con demasiada agua», una esperanza aguada que no es «fuerte». ¿Y cuál es la razón de esta «esperanza débil»? Precisamente la falta de «fuerza y valentía para confiarse al Señor». Para ser, por el contrario, «cristianos vencedores», destacó, debemos creer «confesando la fe, y también custodiando la fe, y encomendándonos a Dios, al Señor. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe.

«Para permanecer en el Señor, para permanecer en el amor —repitió— es necesario el Espíritu Santo, por parte de Dios. Pero por parte nuestra: confesar la fe que es un don y confiarse al Señor Jesús para adorar, alabar y ser personas de esperanza». El Papa Francisco concluyó la homilía con la oración que «el Señor nos haga comprender y vivir esta hermosa frase» del apóstol Juan que vuelve a proponer la liturgia: «Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

El amor no es una telenovela

Jueves 9 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 10 de de enero de 2014

El amor verdadero no es el de las telenovelas. No está hecho de ilusiones. El verdadero amor es concreto, se centra en los hechos y no en las palabras; en el dar y no en la búsqueda de beneficios. La receta espiritual para vivir el amor hasta el extremo está en el verbo «permanecer», un «doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros».

El Papa Francisco, en la misa del jueves 9 de enero, indicó en la persona de Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, el fundamento único del amor verdadero. Ésta es la verdad, dijo, «la clave para la vida cristiana», «el criterio» del amor.

Como es costumbre, el Pontífice si inspiró para su meditación en la liturgia del día, en especial en la primera lectura (*1 Juan* 4, 11-18), donde se encuentra más de una vez una palabra decisiva: «permanecer». El apóstol Juan, dijo el Papa, «nos dice muchas veces que debemos permanecer en el Señor. Y nos dice también que el Señor permanece en nosotros». En esencia afirma «que la vida cristiana es precisamente "permanecer", este doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros». Pero «no permanecer en el espíritu del mundo, no permanecer en la superficialidad, no permanecer en la idolatría, no permanecer en la vanidad. No, permanecer en el Señor. Y el Señor, explicó el Papa, «corresponde a esta» actitud nuestra, y, así, «Él permanece en nosotros». Es más, es «Él quien permanece antes en nosotros», que, por el contrario, «muchas veces lo sacamos fuera» y así «no podemos permanecer en Él».

«Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él» escribe una vez más Juan que, afirmó el Papa, nos dice en la práctica cómo «este permanecer es lo mismo que permanecer en el amor». Y es una «cosa hermosa oír esto del amor», añadió, alertando: «Mirad que el amor del que habla Juan no es el amor de las telenovelas. No, es otra cosa». En efecto, explicó el Pontífice, «el amor cristiano tiene siempre una cualidad: lo concreto. El amor cristiano es concreto. Jesús mismo, cuando habla del amor, nos habla de cosas concretas: dar de comer a los hambrientos, visitar a los enfermos». Son todas «cosas concretas» porque, precisamente «el amor es concreto». Es «lo concreto de la vida cristiana».

Así, el Papa Francisco advirtió: «cuando no existe lo concreto» se acaba por «vivir un cristianismo de ilusiones, porque no se comprende bien dónde está el centro del mensaje de Jesús». El amor «no llega a ser concreto» y se convierte en «un amor de ilusiones». Es una «ilusión»

también la que «tenían los discípulos cuando, mirando a Jesús, creían que fuese un fantasma» como relata el pasaje evangélico de Marcos (6, 45-52). Pero, comentó el Papa, «un amor de ilusiones, no concreto, no nos hace bien».

«¿Pero cuándo sucede esto?», fue la pregunta del Papa para comprender cómo se cae en la ilusión y no en lo concreto. Y la respuesta, dijo, se encuentra muy clara en el Evangelio. Cuando los discípulos piensan que ven a un fantasma, explicó el Pontífice citando el texto, «dentro de sí estaban fuertemente asombrados porque no habían comprendido el hecho de los panes, la multiplicación de los panes: su corazón estaba endurecido». Y «si tú tienes el corazón endurecido, no puedes amar. Y piensas que el amor es imaginarse las cosas. No, el amor es concreto».

Hay un criterio fundamental para vivir de verdad el amor. «El criterio del permanecer en el Señor y el Señor en nosotros — afirmó el Papa— y el criterio de lo concreto en la vida cristiana es lo mismo, siempre: el Verbo vino en la carne». El criterio es la fe en la «encarnación del Verbo, Dios hecho hombre». Y «no existe un cristianismo auténtico sin este fundamento. La clave de la vida cristiana es la fe en Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre».

El Papa Francisco sugirió también el modo de «conocer» el estilo del amor concreto, explicando que «hay algunas consecuencias de este criterio». Y propuso dos de ellas. La primera es que «el amor está más en las obras que en las palabras. Jesús mismo lo dijo: no los que me dicen “Señor, Señor”, los que hablan mucho, entrarán en el Reino de los cielos; sino aquellos que cumplen la voluntad de Dios». Es la invitación, por lo tanto, a ser «concretos» cumpliendo «las obras de Dios».

Hay una pregunta que cada uno debe hacerse a sí mismo: «Si yo permanezco en Jesús, permanezco en el Señor,

permanezco en el amor, ¿qué hago por Dios —no lo que pienso o lo que digo— y qué hago por los demás?». Por lo tanto, «el primer criterio es amar con las obras, no con las palabras». Las palabras, por lo demás, «se las lleva el viento: hoy están, mañana ya no están».

El «segundo criterio de lo concreto» propuesto por el Papa es: «en el amor es más importante dar que recibir». La persona «que ama da, da cosas, da vida, se entrega a sí mismo a Dios y a los demás». En cambio la persona «que no ama y que es egoísta busca siempre recibir. Busca siempre tener cosas, tener ventajas. He aquí, entonces, el consejo espiritual de «permanecer con el corazón abierto, no como el de los discípulos que estaba cerrado» y les llevaba a no comprender. Se trata, afirmó una vez más el Papa, de «permanecer en Dios», así «Dios permanece en nosotros. Y permanecer en el amor».

El único «criterio para permanecer está en nuestra fe en Jesucristo Verbo de Dios hecho carne: precisamente el misterio que celebramos en este tiempo». Y luego volvió a afirmar que «las dos consecuencias prácticas de este modo concreto de vida cristiana, de este criterio, son que el amor está más en las obras que en las palabras; y que el amor está más en dar que en recibir».

Precisamente «mirando al Niño, en estos tres últimos días del tiempo de Navidad», mirando al Verbo que se hizo carne», el Papa Francisco concluyó la homilía invitando a renovar «nuestra fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pidamos la gracia —deseó— de que nos conceda este modo concreto de amor cristiano para permanecer siempre en el amor» y de hacer lo posible para que «Él permanezca en nosotros».

PAPA FRANCISCO

MISAS MATUTINAS EN LA CAPILLA
DE LA *DOMUS SANCTAE MARTAE*

Si el corazón es como un mercado

Martes 7 de enero de 2014

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 10 de de enero de 2014

El corazón del hombre se parece a «un mercado de barrio» donde se puede encontrar de todo. El cristiano debe aprender a conocer en profundidad lo que pasa a través de él, discerniendo aquello que sigue el camino indicado por Cristo y lo que lleva, en cambio, al indicado por el anticristo. El criterio para orientarse en esta elección —dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa del martes 7 de enero, en la capilla de Santa Marta— es seguir el itinerario indicado por la encarnación del Verbo.

El Pontífice propuso esta reflexión al comentar la primera carta de san Juan (3, 22 - 4,6) en la cual el apóstol «parece casi obsesivo» al repetir algunos consejos, en especial: «Permaneced en el Señor».

«Permanecer en el Señor» repitió el Papa, y añadió: «El cristiano, hombre o mujer, es quien permanece en el Señor». Pero, ¿qué significa esto? Muchas cosas, respondió el Santo Padre. Si bien, explicó, el pasaje de la carta de san Juan se centra en una especial actitud que el cristiano debe asumir si quiere permanecer en el Señor: es decir, la plena conciencia «de lo que sucede en su corazón».

El cristiano que permanece en el Señor sabe «lo que pasa en su corazón». Por ello el apóstol, destacó el Pontífice, «dice: “Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios”; sabed discernir los espíritus, discernir lo que oís, lo que pensáis, lo que queréis, si es propio del permanecer del Señor o si es otra cosa, que te aleja del Señor». Por lo demás, «nuestro corazón — prosiguió— tiene siempre deseos, ganas, pensamientos: pero, ¿todos éstos, son del Señor? ¿O algunos de éstos nos alejan del Señor? Por ello el apóstol dice: examinad todo lo que pensáis, lo que sentís, lo que queréis... Si esto va en la línea del Señor, funciona; pero si no va en esa línea...».

Por ello es necesario «ponerlos a prueba —repitió el Obispo de Roma citando una vez más la carta de san Juan— para examinar si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo». Y falsos, advirtió, pueden ser no sólo los profetas, sino también las profecías o las propuestas. Por ello es necesario vigilar siempre. Es más, el cristiano, indicó, es precisamente el hombre o la mujer «que sabe vigilar sobre su corazón».

Un corazón, añadió el Papa Francisco, en el cual hay «muchas cosas que van y vienen... Parece un mercado de barrio donde se encuentra de todo». Precisamente por esto es necesaria una obra constante de discernimiento; para comprender, especificó el Pontífice, lo que es verdaderamente del Señor. Pero «¿cómo sé —se preguntó— que esto es de Cristo?». El criterio a seguir lo indica el apóstol Juan. Y el Santo Padre lo recordó citando una vez más la carta: «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo».

«Es así de sencillo: si lo que tú deseas, o lo que tú piensas —explicó—, va por el camino de la encarnación del Verbo,

del Señor que vino en carne», significa que es de Dios; pero si no va por ese camino, entonces no viene de Dios. Se trata, en esencia, de reconocer el camino recorrido por Dios, quien se «abajó, se humilló hasta la muerte de cruz». Abajamiento, humildad y también humillación: «éste —indicó el Pontífice— es el camino de Jesucristo».

Por lo tanto, si un pensamiento, si un deseo «te lleva —añadió— por el camino de la humildad, del abajamiento, del servicio a los demás, es de Jesús; pero si te lleva por la senda de la suficiencia, de la vanidad, del orgullo o por el camino de un pensamiento abstracto, no es de Jesús». Lo confirman las tentaciones que Jesús mismo sufrió en el desierto: «Las tres propuestas que el demonio hace a Jesús eran propuestas que querían alejar a Jesús de este camino, del camino del servicio, de la humildad, de la humillación, de la caridad realizada con su vida».

«Pensemos hoy en esto —propuso el Pontífice—. Nos hará bien. Primero: ¿qué pasa en mi corazón? ¿Qué pienso? ¿Qué siento? ¿Presto atención o dejo pasar, que todo vaya y venga? ¿Sé lo que quiero? ¿Examino lo que quiero, lo que deseo? ¿O lo tomo todo? Queridos míos, no prestéis fe a cada espíritu; examinad los espíritus». Muchas veces, añadió, nuestro corazón es «como un camino, donde pasan todos». Pero precisamente por esto es necesario «examinar» y preguntarnos «si elegimos siempre las cosas que vienen de Dios, si sabemos cuáles son las que vienen de Dios, si conocemos el criterio auténtico para discernir» nuestros deseos, nuestros pensamientos. Y, concluyó, no debemos olvidar jamás «que el criterio auténtico es la encarnación de Dios».